



Testimonio desde la amistad

JULIÁN MARÍN TORRECILLAS

Sacerdote

Cuando recibí la noticia de la muerte de Miguel Ángel me dieron ganas de gritar al mundo entero que había muerto un gran hombre, un magnífico sacerdote y un entrañable amigo, pero solo pude llorar.

Hoy me atrevo, aunque sea torpemente, a abrir mi corazón y decir algo de lo que llevo dentro y dar mi testimonio desde la amistad.

Miguel Ángel fue siempre referente y centro de todas las actividades de nuestro curso, reuniones, convivencias, celebraciones de ordenación etc. Todo para fomentar nuestra amistad y renovar fuerzas para seguir las tareas pastorales de la Parroquia.

Especial fue el viaje que nos preparó a Montilla para visitar la tumba de san Juan de Ávila y acercarnos más a la cuna de la espiritualidad del clero diocesano.

Miguel Ángel ha sido para mí la bondad personificada, dispuesto a servir siempre y en todo momento, gastando su vida en la vocación a la que Dios lo llamó. Siempre encontró tiempo para servir a todos, aunque su agenda estuviera llena. Nunca puso obstáculo para decir sí a todo el que lo necesitara y todo con una sonrisa para que nadie notase el cansancio y el agotamiento que iba gastando su vida poco a poco y en silencio. ¡Quién le iba a decir que el que tanto había hablado en su vida pasaría los últimos años en silencio!

He sido compañero y amigo de Miguel Ángel muchos años: la vida de seminario, el trabajo de la catequesis infantil, el catecumenado de adultos y otras muchas actividades que hemos compartido a lo largo de nuestra vida sacerdotal.

De todo ello se fue consolidando una buena amistad que se hizo más profunda en la colaboración con las misiones, en las que estábamos varios compañeros. Él nos proporcionaba todo cuanto podía y cuando veníamos estaba siempre a nuestra disposición. Tuvo incluso la generosidad de visitarnos en Honduras para explicar a nuestras comunidades e incluso al clero hondureño el Catecismo de la Iglesia Católica que se acababa de publicar.

Sentí una gran pena que no pudiera celebrar, con todos los compañeros nuestras bodas de oro, por lo avanzado de su enfermedad.

Toda la ilusión que teníamos de celebrar este acontecimiento, incluso de hacer un viaje a Roma y poder recibir la bendición del Papa, se vio truncada por la terrible enfermedad que acabó con su vida.

A pesar de su enfermedad y la pandemia que estamos sufriendo me he sentido cerca de él por la oración, la Eucaristía y los medios de comunicación que tenemos en la actualidad. Unas veces recibía contestación y otras no depende como se encontrase de fuerzas y de ánimo.

No lo olvidaré fácilmente y será para mí ejemplo de trabajador incansable, sacerdote de espiritualidad profunda y por qué no decirlo: “hombre crucificado” que ha entregado su vida con Cristo para bien de la humanidad.

El otro día, en el funeral, mientras despedían el cadáver, cerré los ojos y escuche la antifona: “Abridme las puertas de la salvación, y entraré para dar gracias al Señor”.

Me imaginé unas grandes puertas que se abrían y una multitud de Ángeles y Santos con sus cánticos celestiales lo recibían y lo introducían a la presencia del Padre. Entonces pensé para mí: ¡Se lo merece! Y el Padre lo recibía en sus brazos.

Pido a Dios que así sea y que también a nosotros nos haga gozar de su compañía.